

Margo Glantz

Huellas de todo viaje

Myriam Moscona

El viaje como forma de escritura: de Moscú a Guatemala, de Cracovia a Nueva York, los itinerarios de Margo Glantz se han traducido en literatura. Con conocimiento de causa y humor entrañable, Myriam Moscona nos lleva de paseo por el rasgo nómada de la autora de Síndrome de naufragios.

Como esas muñecas rusas que se guardan una adentro de otra, así pensaba mostrar los rasgos en torno a uno de los temas que la atraviesan: el viaje. Sólo que, a diferencia de las muñecas que únicamente cambian de tamaño pero no de forma, aquí me enfrento al primer problema: todas son distintas y sus rasgos me enloquecen. La primera, la menor, aparece con trazos mínimos. Segunda de cuatro hermanas, ojos hundidos y avispados de tanto leer y, sin embargo, esos mismos ojos no se distinguen en el papel esmaltado de la muñeca —literalmente— rusa (recordemos aquí que la familia de nuestra autora —padre y madre— son de Ucrania) y si esos ojos no aparecen figurados es, y se lo dijo claramente su padre, el poeta Jacobo Glantz, y se lo dijo en yiddish y se lo repitió en español: *Du host gevaksn vi a tzibele in erd*: creciste como una cebolla en la tierra. Sus ojos lloraban con facilidad, a menudo permanecía callada, sumida casi siempre en los libros. Insegura, llena de imaginaciones, Margarita Glantz estaba a punto de levantarse de la tierra, no como una cebolla, no como una *tzibele*, sino como el volcán Xitle que emergió del fondo y, en unos minutos, había que medirlo ya como se miden las montañas. En el instante de la detonación desapareció para siempre la “i” latina de su nombre “Marga-

rita”. Quedó “Márguele”, para el padre, “Margo” para todos los demás.

Mediados de los años cincuenta. Un tercer ejemplar de las *matrioshkas*: está ya casada, muy joven aún. Viaja a París con su primer esposo, Paco López Cámara. Ambos, becados, van a doctorarse a La Sorbona. En los cuatro años de su estancia, se mueven de un sitio a otro, parecen gitanos aunque corren con suerte y al fin consiguen una “habitación para casados”, allá, donde deseaban estar: en la Cité Universitaire. Afuera de su pieza, una pequeña cocineta donde Margo ensaya y ensaya el mismo platillo: “*omelette* con chícharos”, lo único que sabe hacer en el fogón y que repetidamente cocina mientras su tesis doctoral va armándose con el tema de los viajeros franceses en México (1847-1867). No en vano aparece la palabra “viajeros” en ese trabajo de sus veintitantos años como prefiguración de un eje fundamental en el mundo de Margo Glantz. Vendrán más adelante los demás asuntos que han poblado su obra: el cuerpo, los fluidos, las navegaciones, los hundimientos, los fracasos, las travesías como las de Colón y Álvaro Núñez Cabeza de Vaca —fascinación la de este último— que la llevó a compilar un apasionante volumen sobre el navegante. En una de sus páginas encontramos,

citado por Sylvia Molloy, a Martínez Estrada cuando intenta describir la actividad escritural del cronista: “enriquecer la aventura, narrándola”, aseveración que proyectamos hacia Margo Glantz y es aquí, repetidamente, que el viaje se nos revela como el hallazgo de una verdad vinculada con el horror y la belleza. Pero, ¿cuál es la verdad? Todos los hombres mueren miserablemente todos los días por no tener aquello que tienen los poemas, decía William Carlos Williams. Y Margo va en busca de esa materia nebulosa. La vemos trasladarse de un museo a un jardín, de un templo a las ruinas de civilizaciones extintas, pero, sobre todo, de una meditación a otra. Por ello me animo a calificar como binomio obra-vida el hacer de jovencita que a los quince años ya se había mudado de casa decenas de veces, arrastrada por el pulso nómada del padre. Comienza uno de tantos *leitmotiv*: el incesante acto de “empacar-desempacar”. Lo ha hecho tantas veces que ahora ya ha logrado una admirable maestría del desastre: cada vez lo hace peor y en cada viaje, ella lo sabe, va superando el mal. Leemos en su escritura:

Tomo un comodísimo tren rumbo a Berlín, cargada siempre de maletas. Me esperan mis amigos [...] que me ayudarán a cargar los muchos kilos que mi terror a cualquier intemperancia impone [...]

Para escuchar su pensamiento, concentro por ahora mi atención en *Saña*, uno de sus libros cumbre, de gé-

nero indefinible, de cuyos fragmentos puede tejerse un tapiz de colores. Cada hilo pertenece a un tema: el verde, por decir, podríamos atribuírselo a Rimbaud y sus largas caminatas por el mundo; el rojo al mundo perverso y fascinante de Bacon; el negro a los campos de exterminio; el amarillo a sus meditaciones de viaje. Sigo, a la manera del mago de Oz, el sendero amarillo. Logro detectar ochenta y un entradas cuyo resorte es disparado por la experiencia del viaje. En Dresden, por ejemplo, Margo Glantz nota que todo es hechizo, blanco, perfecto, como otras ciudades alemanas destruidas y vueltas a levantar.

En la Pinacoteca, los enormes cuadros de Canaletto quien, como yo, deambulaba de ciudad en ciudad a finales del siglo XVIII.

Las anotaciones en su libro reflejan diversos estados: “estoy agotada, he llegado a Cracovia” o “Veo el Pórgamo por quinta vez, se parece a nuestra Catedral Metropolitana”. Esta viajera “obstinada, impertinente y quejosa”, como se define a sí misma, con quien he viajado a las ruinas de Ekbalam, cercanas a Mérida; al sofocante calor de verano en Nueva York, con quien sufrí de un alargado *jet lag* como el de *Lost in Translation* al lado del famoso árbol Nim en la residencia de la embajada en Delhi (bajo esa fronda se casó Octavio Paz), con quien crucé por primera vez el Ganges en Calcuta, con quien es-



París, Francia

tuve, pegada todo el día, en Jaipur, Jodhpur, Udaipur, Kumbalghar, Galtá, Pushkar, Varanasi, con quien huí de una larga espera en el aeropuerto de Washington hacia el centro comercial más cercano; esa Margo que se rió a carcajadas y nunca me consoló por la cabeza llena de liendres y piojos que me traje de un hotel de la India; está hecha, lo puedo testificar, de un material enigmático, tal como puede apreciarse en uno de sus viajes a Roma. Varios escritores se ven obligados a subir por una larguísima escalinata. Hace calor. Margo va a la delantera. Atrás, muy atrás, va echando el bofe Carlos Monsiváis. Con su habitual malicia dice, entre dientes, mientras trepa de mala gana la interminable escalera: “allá, hasta arriba, va Margo Glantz, despojándose de todos los años que trae encima y que nos caen a nosotros sin piedad”.

En otra ocasión estuve con Margo en el MOMA de Nueva York. Salimos agotadas y todavía pensábamos ir al cine. Ya no daba tiempo de volver con nuestros anfratriones a descansar un rato. La llevé, olvidándome que estaba por cumplir ochenta años, al Central Park. Las

dos nos acostamos en el pasto, ella se quedó dormida. De pronto, y esto no creo habérselo contado nunca, se acercó un perro y orinó entre nosotras. Volteé a verla, tirada en el pasto, dormida, con la boca un poco abierta, entregada al sueño.

Al recordar a ese perro meón del parque, vuelvo a *Saña*. De nueva cuenta atestiguo en sus constantes ramificaciones un tema adentro de otro. Me detengo en el viaje y los desechos.

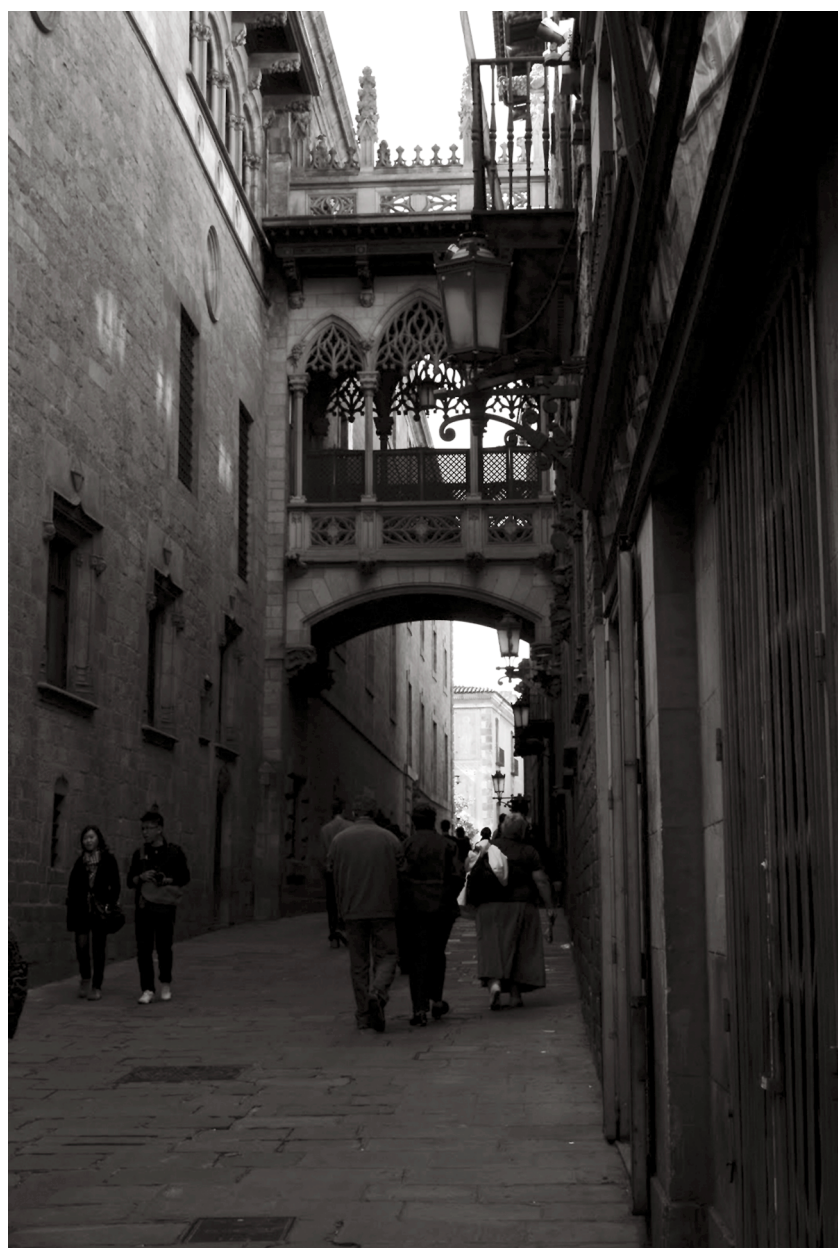
La primera vez que fui a Florencia más de treinta hombres orinaban contra la pared [...]

La orina en contraste con la belleza, los desechos del cuerpo *versus* la armonía estética. Se cuenta en *Saña* cómo Rousseau, compositor de la corte de Luis XVI, decidió alejarse de Versalles, irse a vivir al campo “y orinar como perro en todos los matorrales”. Más adelante, en otro hilo de color de esta obra y que se repetirá en distintos fragmentos, nos habla del proyecto de Jonathan Swift para construir letrinas en la ciudad de Londres. Glantz describe las galerías y ornamentos de las fachadas de mármol en la imaginación de Swift, las estatuas imitando posturas de quienes puján y se hacen vaciar y un camino secreto que lleva a la silla central: el retrete. En la misma obra, refiere el hecho del emperador Vespasiano cuando estableció un impuesto sobre la orina. Cuenta cómo el padre le da a oler al hijo la primera moneda obtenida por ese impuesto. ¿Huele mal?, le pregunta. No, contesta el hijo. Al final, sin embargo, se concluye que “ese dinero proviene de algo sucio”.

Julia Kristeva, en su excelente estudio *Poderes de la perversión*, anota: “el interior del cuerpo viene a suplir el derrumbamiento de la frontera adentro/afuera”.

A Glantz también le llama la atención, en la India, la bosta, es decir, los desechos de las vacas con los que se fabrican algunos productos de limpieza. Lo sucio, esta vez, en contraste con lo que es capaz de limpiar. Más adelante, registra, otra vez en la India, después de un rezo, su caminar “evitando pisar las boñigas de las vacas”. Lo puro en contraste con lo abyecto parece ofrecer a nuestra autora una frontera de constante indagación, ese adentro-afuera anotado por la Kristeva nuevamente en los actos:

Dos viajeras orinan a espaldas de un templo dedicado a Shiva. Esto ocurre en Kumbalghar. Sacan afuera lo que ya no puede retenerse adentro. En oposición, ese otro testimonio, también de *Saña*, que une la belleza con lo que está fuera de su eje, pues como anota Glantz, “la suciedad podría definirse como algo que no está colocado en su lugar”. Se vincula belleza, desecho y santidad: ahora se sitúa en Varanasi, la ciudad sagrada de la India donde los cuerpos son cremados a la intemperie junto al Ganges, a la vista de todos:



Barcelona, España

Cerca de los maderos amontonados que los sacerdotes colocan a orillas del río para erigir luego las piras funerarias, un adolescente acaba de defecar [...]

Curiosamente, Julia Kristeva medita sobre la defecación en un apartado que titula *cuerpo-desperdicio, cuerpo-cadáver*. Escuchemos a Kristeva:

A diferencia de lo que entra en la boca y nutre, lo que sale del cuerpo, de sus poros, de sus orificios, marca la infinitud del cuerpo propio y provoca la abyección. Las materias fecales significan, de alguna manera, aquello que no cesa de separarse de un cuerpo en estado de pérdida permanente para pasar a ser autónomo, distinto de las mezclas, alteraciones y podredumbres que lo atraviesan. Sólo al precio de esta pérdida el cuerpo se hace propio.

Cuando estuve en la India con Margo Glantz a principios del 2010, fui sola a Quth Minar. Allí se enfrenta el viajero a una de las construcciones de la India musulmana más hermosas y antiguas. En *Saña*, se describe la belleza del lugar. El viaje desata constantemente sus originales crónicas reflexivas y, en otra de sus vueltas de tuerca al mundo glantziano, se vuelve a girar la llave para meter al lector en otro estrato, allí, frente a la belleza monumental.

Desciendo por una escalera roja en forma de caracol. Un olor parecido al ácido sulfhídrico me provoca una náusea irreprimible, como si durante diez siglos se hubieran reconcentrado los orines de generaciones de descendientes del profeta [...]

Saña, esta “obra-mosaico” contiene, como ninguna de las anteriores, todo el universo de Margo Glantz. Notemos, a guisa de ejemplo, cómo nos relata su visita a Auschwitz y Birkenau. Lleva una manzana en la bolsa del abrigo. Ha pasado allí todo el día, seguramente está agotada física y emocionalmente. Tiene hambre. Y aquí viene la vuelta de tuerca con una simple pregunta que se formula al meter la mano a la bolsa y hacer contacto con la fruta: ¿cómo comerse una manzana en un campo de exterminio?

Como un circuito eléctrico que va encendiendo una enorme habitación, así encontramos, en los viajes de Glantz, el semillero de su obra. Gracias a sus propios viajes y a su interés por otros navegantes y viajeros, se ha topado con aquello que suscita su escritura. En un paso simple de grada que nos lleva de su obra a su vida —pues no es clara la frontera que las separa— la hallamos en uno de sus desplazamientos habituales. Ahora está en Barcelona. Se encuentra, tirado en la calle, un *I Ching* cubierto de cacas de paloma. Se pregunta si habrá un cambio en su destino; misma pregunta que se



Cracovia, Polonia

hizo su familia una tarde en Guatemala mientras daban juntos un paseo. Iban en una barca agitada por las corrientes del río. Margo Glantz se vino abajo. En los breves segundos que tardó en salir, su nieto gritó horrorizado “miren, vean, yo no quiero morir igual”; de pronto, ella se incorporó mojada de cabo a rabo. No se quejó de haberse golpeado contra las piedras, tampoco del agua fría o de la rabia de haber perdido estabilidad. Para sorpresa de todos exclamó: “¿Qué voy a hacer? Mis pantalones nuevos son de lavado en seco”. Con esa liviandad, aunque en una estructura armada de erudición, Margo, que adora Berlín, ama París, detesta pero idolatra la India, se emociona por Ucrania, se duele por México; escribe:

[...] mis viajes se hacen pero al mismo tiempo se deshacen. Apenas empezados los anulo en el pensamiento y, de manera inexorable, regreso al punto de partida.

Ese punto de partida no sólo es su casa, también el arco abierto por su obra que a menudo indaga en la verdad de nuestra civilización asquerosa, sañuda; retratada en las marcas de orina, en las obras de arte, en los signos que se nos ofrece como un viaje interminable al interior de nuestra propia naturaleza involutiva.

Dicho esto, tengo que cambiar la disposición de las muñecas rusas. No quiero acomodarlas por tamaño, ni por estratos temporales. Saco una y luego la otra, las despliego en una mesa, borro sus trazos, cierro los ojos de *tzibele*, comienzo una nueva colección. Entiendo que todo se subvierte. La más vieja es la más joven, de todas formas aquí se favorecerán ya no los rasgos de su personalidad sino los fragmentos, multiplicados exponencialmente por sus viajes. Los ojos que borré en el papel esmaltado se han vuelto a trazar. Creo encontrarme frente a una idea revelada: ¿será que la obra está trenzada con sus desplazamientos de modo inseparable o será que debo volver a empezar? **U**